

EL CURA, EL PASTUSO Y LAS TEJEDORAS

Por: Alvaro Chávez Mendoza

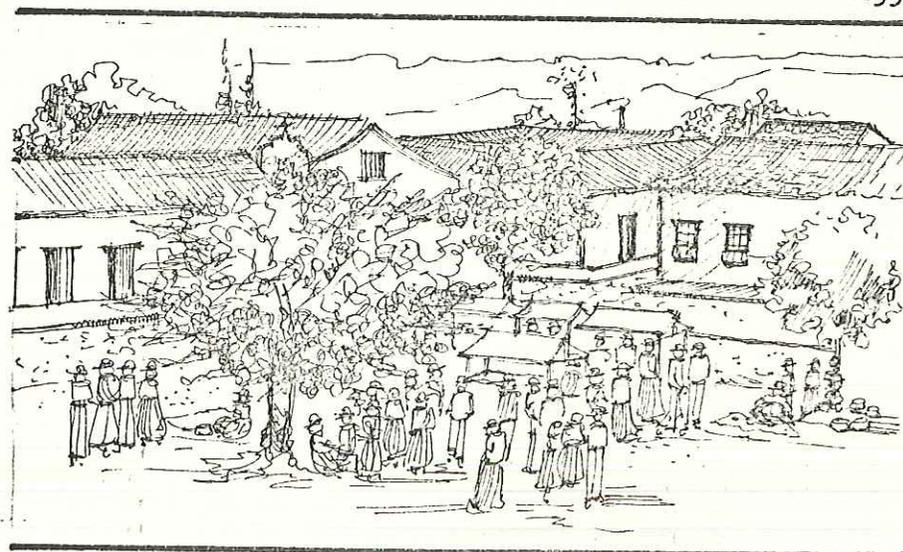
Hojeando los escritos de viajeros antiguos nos adentramos en épocas distantes y apreciamos los sitios familiares con los ojos de aquellos que los describen con la espontaneidad del primer encuentro. Y al gozar de sus impresiones subjetivas, que retratan un tiempo y una manera de sentir y expresar que despierta nostalgia, podemos recoger el dato cronológico y los acontecimientos claves para estructurar la historia de cuando nuestros pueblos se volvieron ciudades.

A mediados del siglo pasado viajó por el país don Manuel Ancizar, abogado, filósofo, republicano, fundador del periódico El Neogranadino, miembro de la Comisión Corográfica y escritor, quien en su obra "Peregrinación de Alpha", ha dejado un documento rico en información sobre las provincias del norte de Colombia, sus características físicas, sus habitantes y sus costumbres.

Describe así el viajero a la Bucaramanga de 1851: "Cuatro escasas leguas al norte de Piedecuesta queda Bucaramanga, pasándose por Florida, pueblo pequeño fundado a la sombra de árboles corpulentos, refrescado por multitud de arroyuelos y embellecido con la próxima corriente del cristalino Río Frío en cuyas márgenes se respira un ambiente embalsamado por la rica vegetación que las ameniza. En 1778 comenzó a figurar Bucaramanga como parroquia: veintitrés años antes era un sitio miserable compuesto de cuatro ranchos de indios alrededor de una laguna, cuya cuenca existe sembrada de guinea; hoy es una hermosa villa con más de 600 casas, dos iglesias y 4.200 moradores, contándose 11.300 en el corto radio del distrito".

A Ancizar le llamó la atención algo que llegó a convertirse en una tradición bumanguesa, pues anota que "ningún elogio sería excesivo al hablar del aseo de las calles y casas, no por esfuerzos de la policía oficial, sino por virtud de los naturales, en quienes la limpieza de los trajes compite con el despejo y vivacidad de las personas".

Aporta luego información sobre la constitución de los terrenos en donde se asentaba el poblado: "A 930 metros de altura sobre el nivel del mar queda el asiento de esta villa en un llano seco, desprovisto de aguas corrientes, por absorberlas todas el terreno poroso descansando inmediatamente sobre las capas de piedras rodadas y arenas auríferas que forman el valle".



Pasa luego a describir a los bumangueses ochocentistas, diciendo: "La mayoría de la población es blanca y es resto de raza africana más o menos cruzada con la europea y la india, ya extinguida por allí". Y anota, con intención crítica, que son "gentes de inmejorable carácter, laboriosas y de una sencillez tal, que frecuentemente han sido explotadas por charlatanes aparecidos bajo títulos pomposos, de aquellos que acostumbra tomar los que pertenecen al gremio infinito llamado en otros países "Caballeros de industria".

Uno de los aportes más interesantes del relato de Ancizar se refiere a las circunstancias que dieron iniciación a la industria textil del sombrero en Santander, en las cuales fueron un cura, un pastuso y muchas jóvenes santandereanas los principales protagonistas, puesto que "Por los años de 1820 a 22 el presbítero Felipe Salgar, virtuoso cura de Girón, detuvo a un pastuso que acaso pasaba de viaje y supo de él que en las cercanías había innumerables palmas llamadas "nacuma" cuyos cogollos preparados convenientemente suministraban a los neivanos el material para tejer sus afamados sombreros jipijapas. El buen sacerdote concibió al punto la idea de proporcionar a las mujeres de su feligresía este nuevo medio de ganar la subsistencia, porque -decía- "Donde vive el trabajo no entra el pecado", y en efecto, logró que el pastuso permaneciera en Girón hasta dejar enseñadas algunas jóvenes. De éstas pasó la ciencia a otras y a otras, salvando en breve los límites de la parroquia y extendiéndose a las demás".

Fue tan grande el éxito de la idea del cura, de la enseñanza del pastuso y de la aplicación de las alumnas, que "Si el santo ministro viviese, vería hoy la suma de felicidad que su benéfica mano ha esparcido entre las mujeres del pueblo, regularmente desheredadas de todo trabajo productivo, por la invasión que ha hecho el hombre aún en los oficios sedentarios. Cerca de 3.000 de ellas emplean sus manos en tejer anualmente 83.000 sombreros de calidades diversas en sólo el cantón Bucaramanga, los cuales,

vendidos, les dejan 59.000 pesos de utilidad neta, deducidos 20.000 pesos, valor de los cogollos de nacuma y palma ordinaria. La mayor parte de esta cantidad la ganan las tejedoras de la villa, habiendo mujer que realiza una renta de 200 pesos anuales, suficientes para cubrir los gastos de existencia, y algunos de placer y regalo, en un país en que la manutención abundante no cuesta más de 92 pesos al año".

El mejoramiento económico trajo como secuela otras satisfacciones, porque "En este gremio, interesante bajo muchos aspectos, se hacen notables el esmero en el vestir de telas finas, y cierta dignidad en el porte y modales, sugerida por el sentimiento de la independencia y el laudable orgullo del propio mérito, modesto, inofensivo y callado, no ese orgullo petulante de las mediocridades vanidosas que se agitan, y se pregonan, y oprimen a los demás con su enfadoso individualismo".

Ancízar se complace en una descripción de la vida de las tejedoras, que muestra cómo él mismo quedó enlazado en sus tramas y urdimbres. Lo cuenta así: "La tejedora permanece toda la semana en su casa, ora sentada en la sala barrida y pulcra, sobre una esterilla momposina, cabe la cual está una taza de agua para mejorar la paja mientras confecciona la copa del futuro sombrero, ora invisible terminándolo a puerta cerrada, pero anunciando su afán y su esperanza con alegres cantares interrumpidos y variados cada rato, como quien tiene la atención puesta en otra cosa. Llega el sábado: el sombrero se ha terminado en mitad de la noche anterior a la luz de un cándil: la joven tejedora peina desde temprano su cabellera de ébano, dividiéndola en dos trenzas magníficas que deja caer a la espalda; ciñese a la breve cintura las enaguas profusas de muselina o zaraza fina, no tan largas que al andar no descubran el arqueado piececito metido al descuido en una alpargata blanca y diminuta; cúbrole el firme busto una camisa de tela blanca, entre opaca y transparente, ribeteada con flores y calados, obra de sus incansables dedos y puesto al desgaire un pañolón bien matizado, sale despejada y risueña, ladeando en la cabeza el sombrero que para sí ha tejido poco a poco los domingos con todo el primor de su arte, teniendo escogida de antemano la brillante cinta que lo adorna, y se encamina para la plaza en busca de los compradores de sombreros, quienes la esperan sentados con aparente indiferencia en la esquina de la tienda, y junto al taburete la rolliza mochila de reales, elocuente aunque mudo reclamo. El sábado es día de pocas ventas porque las tejedoras van, más bien que a negociar, a explorar el campo del mercado, calcular la extensión de la demanda y contraminar la confabulación de los mercaderes para no pasar de cierto precio mínimo. La tejedora no se deja engañar por la indiferencia postiza de sus contrarios; sabe que ellos deben completar con urgencia las partidas de sombreros exigidas por los comerciantes de Cúcuta y opone los incalculables ardides femeniles al cómico estoicismo de los mochileros. Estos, que de cierta hora en adelante comienzan a sobresaltarse, llaman, se sonríen, dicen cariños, y cuando llega el domingo acaban por sucumbir, olvidando sus pactos de oferta y tomando cuantos sombreros alcanzan, antes que sus rivales se los lleven. Triunfantes las hijas de Eva, como lo usan y acostumbra en materias que les interesan, vuelven a sus casas con los manojos de nacuma para la tarea siguiente, arman sus corrillos alegres, pasean un poco y al empezar la noche empiezan también el sombrero de la otra semana, sin perjuicio de... pero respetemos los asuntos de aquellos ingenuos corazones. Sin el amor, sin el aura divina de los íntimos afectos, ¿qué sería la vida?"



Otro viajero singular, don José Francisco Ortíz, según su relato publicado en el periódico El Conservador de Bogotá en 1874, quedó también prendado de las santandereanas y describe así a las bumanguesas: "Las señoritas reúnen a sus gracias personales, el desembarazo propio de los climas templados. Tuve ocasión de conocerlas a todas y de tratar a muchas, con motivo de las funciones de equitación que daba un inglesote con su caballo Adonis y su Madama Elisa".

En Piedecuesta don José Francisco se encantó de tal manera con la gente y con los tejidos que se olvidó de contemplar el paisaje puesto que: "Por admirar a las personas no tuve tiempo de admirar los contornos de Piedecuesta, en cuyo distrito se trabaja mucho en sombreros de paja, algunos tan bien tejidos que valen más que cuatro de castor o de fieltro. Las señoras se aplican también con extrema habilidad a bordar con hilo o sedas, y vi labores acabadas, de buen gusto, y de un trabajo muy inteligente. Todos saben que al Museo de Bogotá han remitido bordados de las señoritas de Bucaramanga que, en mi concepto, sólo pueden ser rivalizados, en el circuito de Girón, por los de las señoritas de Piedecuesta".

Si queremos completar esta visión de la época del nacimiento de la pujante industria del sombrero jipijapa en Santander con documentos gráficos, tenemos los excelentes dibujos de Carmelo Fernández, quien retrató con mano maestra a las bellas tejedoras, en sus dibujos para la Comisión Corográfica que recorrió el país entre 1850 y 1857. Allí están, reunidos en las láminas policromadas de expresión cuidadosa y hábil composición, la mujer, el tejido y el paisaje de Santander.